EL ALBA

Vol. 30 No. 2

Marzo Abril 2015

Publicada en Alemán, Español, Francés, Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués, Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Las Palabras Seguras de Profecía 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

El Cordero de Dios 18
Jesús Promete Enviar a un Abogado 21
El Espíritu de la Verdad 24
Recibid el Espíritu Santo 27
El que Viene 30

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Organización de la Nueva Creación - Parte X 34

Publicada bimestralmente por Dawn Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A
www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.

Sírvase notificarnos inmediatamente su cambio de domicilio. Incluya la etiqueta de envío de su revista, e envíela juntamente con su nueva dirección.

Precio anual: US $5.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-Vereinegung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D 67253 Freinsheim
ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires estudiantesdelabibliargentina@gmail.com
AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O. Box 402, Rossana, Victoria, 3084
BRASIL: Aurora, Caixa Postal 77204, Nova Iguaçu, Rio de Janeiro, CEP 26210-970 E-mail: estudantesdabiblia_aurorabrasil@ hotmail.com
CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British Columbia, V1T 8C2.
COLOMBIA:A.A. 7804, Medellín, Antioquia
ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42, 59100 Prato - Italia
FRANCIA: L'Aurore
45, Avenue de Gouvieux, 60260, Lamorlaye
GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199 Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA
INDIA: The Dawn, Blessington, #34, Serpentine St., Richmond Town, Bangalore 560025
ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks HP5 3EB

The Dawn – Spanish Edition

Vol. 30 No.2

MARCH APRIL 2015

A menos que se indique lo contrario la traducción de la Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera edición de 1960.

Printed in USA

Las Palabras Seguras de Profecía

"Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones."
— 2 Pedro 1:19 —

ESTA REVISTA ha sido publicada continuamente con el título *El Alba,* desde que apareciera su primer número hace ochenta y dos años. De vez en cuando puede plantearse en la mente del lector una pregunta sobre el significado de este título y su relación con las Escrituras y el plan de Dios para la salvación del hombre. El subtítulo también aparece en la portada de cada número, a saber, *Un Heraldo de la Presencia de Cristo*. Esta designación es, a nuestro juicio, importante para comprender los tiempos y las sazones de Dios, y está estrechamente relacionada con el título *El Alba.*

En las páginas siguientes vamos a hablar de estos temas tal y como se presentan en la Palabra de Dios así como otros testimonios proféticos

contenidos en las Escrituras que nos ayuden a entender el gran plan de las edades del Creador y dónde estamos en el desenvolvimiento de ese plan. Confiamos que la consideración fomente y fortalezca nuestra mutua fe en las promesas de la palabra de Dios que pronto espera todas las familias de la tierra un nuevo y glorioso día. En efecto, aunque en la actualidad el mundo se tambalea en perplejidad y miedo vemos el "alba" de un nuevo día, un día más allá del horizonte de nubes y problemas actuales.

ALEGRÍA DE LA MAÑANA

En la Biblia el largo reinado del pecado, del sufrimiento y de la muerte es semejante al periodo nocturno: un momento de oscuridad. Sin embargo, la Biblia nos asegura que este largo período nocturno no va a durar para siempre, que vendrá, al debido tiempo de Dios, un nuevo día de alegría y felicidad para la humanidad. El salmista utiliza estas descriptivas palabras: "Un momento será su [de Dios] ira, pero su favor dura toda la vida. Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría." —Sal. 30:5

No sólo ha sido parte de la experiencia nocturna de la raza humana el gemido y el llanto del mundo, sino que a través de este pesar hubo poco conocimiento verdadero del Creador y de su designio amoroso para la liberación final de la humanidad del pecado y de la muerte. Esto ha

contribuido también a la "oscuridad" de la experiencia humana actual. Los diversos conceptos de Dios mantenidos por la mayoría, tanto la cristiana como la no cristiana, han tendido a infundir miedo en los corazones de las personas, lo que ha aumentado la insatisfacción de su existencia.

La "ira" de Dios de la que habla el salmista se manifiesta en la sentencia a muerte que cayó sobre el hombre al transgredir la ley divina. Esta ira contrasta con el favor de Dios que, a su debido tiempo, traerá alegría y vida a las personas. Las Escrituras revelan que este "favor" se ha puesto de manifiesto por el don del Creador: su Hijo amado, llamado a ser el Redentor y Salvador del pecado del mundo y de la muerte, y por la restauración a la vida de la humanidad a través del rescate, que abrirá el largamente prometido reino del Mesías.

Uno de los más hermosos símbolos que indican las bendiciones del reino se encuentra en Malaquías 4:2. Aquí a Jesús, en honor a la autoridad y al poder vivificante de su reino, se le describe proféticamente como "Sol de Justicia" que se levanta con "sanación en sus alas". Será este glorioso "Sol de Justicia" el que disipe los vapores nocivos de oscuridad y sufrimiento que han azotado a la raza humana durante tanto tiempo. Esto tendrá lugar en ese nuevo día de bendiciones mencionadas por David en la seguridad de que "la alegría viene por la mañana".

EL TESTIMONIO DE PEDRO

En el primer texto, 2 Pedro 1:19, aparece un marco de circunstancias muy interesante. En el versículo 11 de este capítulo Pedro indica que los fieles seguidores del Maestro reciben “una amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. Este es el reino mesiánico de la promesa y Pedro está recordándonos que los creyentes consagrados que son fieles incluso “hasta la muerte” entrarán en ese reino en la “primera resurrección” para vivir y reinar con Cristo. — Apoc. 2:10; 20:6

A continuación, en los versículos 16 al 18, el apóstol Pedro dice: “No os hemos dado a conocer el poder y la venida [griego: *presencia*] de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino siendo testigos con nuestros propios ojos de su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo mi complacencia. Y nosotros oímos esa voz enviada del cielo cuando estábamos con él en el monte santo.”

Aquí se refiere a la transfiguración registrada en Mateo 17:1-9. Justo antes de esa milagrosa visión Jesús dijo a sus discípulos: “Hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del hombre viniendo en su reino.” (Mat. 16:28) Esta promesa se cumple evidentemente en la visión que Pedro,

Santiago y Juan experimentaron. No vieron a Jesús en su reino actual, sino le vieron milagrosamente transfigurado ante ellos en la gloria de su obra mesiánica. A causa de lo que vieron, Pedro fue motivado a decir más tarde, cuando escribió su epístola: "No hemos seguido fábulas ingeniosamente concebidas, sino siendo testigos con nuestros propios ojos de su majestad."

CONVENCIDO

Está claro que lo que vio Pedro en la transfiguración le confirmó que Jesús era realmente el Mesías y que a su debido tiempo la gloria y la majestad de su reino, que habían visto sólo en una imagen mental, se haría realidad. Uno de los elementos de la visión que probablemente haya ayudado a convencerse a Pedro fue la aparición de Moisés y Elías. Los judíos habían enviado anteriormente a sacerdotes y a levitas a Juan el Bautista para preguntarle quién era. Él dijo: "Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron, ¿qué pues? ¿Eres tú Elías? Y dijo: no soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No." —Juan 1:19-21

Moisés nos dice de la promesa concerniente a "aquel profeta" que Dios le hizo: "Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta." (Deut. 18:18,19) Para los devotos

judíos que conocían las promesas de Dios esta profecía tuvo un significado muy importante. Además del Mesías mismo también esperaban la venida de "aquel profeta", aunque ambos títulos son de la misma persona: Cristo Jesús. De ahí la pregunta que se le hizo a Juan el Bautista en cuanto a si era él de quien habló Moisés.

Continuando con el hilo profético también encontramos la promesa de la venida de un "Elías". En Malaquías 4:5,6 leemos: "He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición". Debido a esta profecía los judíos también esperaban de la venida de "Elías", de forma que a Juan el Bautista también se le preguntó: "¿Eres tú Elías?"

Por lo tanto, en la gran variedad de promesas y profecías mesiánicas del Antiguo Testamento destacan tres figuras importantes: el Mesías, Moisés como "aquel profeta" y "Elías". Ningún estudiante cuidadoso de las profecías podría estar totalmente seguro de que Jesús es verdaderamente el Mesías si "aquel profeta" y "Elías" de ninguna manera entraron en sus planes del reino. Por tanto, en la escena de la transfiguración del reino, Pedro, Santiago y Juan vieron que, además del Mesías, estas dos figuras más tomaban parte, ya que aparecieron en la visión

con Jesús. En efecto, todo el testimonio profético acerca del plan del reino del Creador centrado en Cristo fue explicado en esta maravillosa visión del reino. No había "ideado ingeniosamente fábulas."

UN LEGISLADOR

Moisés fue legislador de Israel y esta será una de las funciones del Mesías en la edad de su reino. Lo cual se explica en la profecía de "un Profeta… como" Moisés. En el Nuevo Testamento el Apóstol Pedro cita la profecía y muestra que su cumplimiento será a través de Cristo después de su segundo advenimiento. La cita está en el sermón de Pedro sobre "los tiempos de la restauración de todas las cosas" de que, declara, "habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo." —Hechos 3:20,21

Después de hacer esta declaración abrumadora relativa a las promesas de restauración de Dios, el primer texto probatorio que Pedro cita es la profecía de Moisés en cuanto a "aquel profeta". Es interesante observar todas las implicaciones de esa maravillosa profecía: "Un profeta os levantará Jehová tu Dios de entre vuestros hermanos" (vs. 22). Esta promesa a los israelitas de los días de Moisés, a quien iba dirigida, muestra también que el gran "profeta" de la promesa se levantaría de una generación posterior, lo que fue cierto en el caso de Jesús.

Esto indica que con el fin de que los israelitas de los días de Moisés recibieran el cumplimiento de la promesa de un futuro "profeta", será necesario para ellos ser levantados de entre muertos. Pedro conocía que el testimonio profético de la "restauración" incluía un despertar de los muertos, puesto que seguramente conocía esta maravillosa promesa del Antiguo Testamento: "Y los redimidos de Jehová volverán… con alegría: y gozo perpetuo sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido se alejarán." —Isa. 35:10

Esta no es una garantía de salvación universal para toda la humanidad, ni siquiera para los israelitas. Una vez despiertos del sueño de la muerte se verán obligados a obedecer a aquel Profeta, de lo contrario serán "desarraigados del pueblo." (Hechos 3:23) Este punto se destaca en la profecía original pronunciada por Moisés en la expresión, "Yo le pediré cuenta." —Deut. 18:19

EL TIPO DE ELÍAS

El profeta Elías fue usado poderosamente para restaurar el culto del verdadero Dios en Israel. Recordamos la valentía con la que desafió a los sacerdotes de Baal en el monte Carmelo (1 Reyes 18:25-40). Esto concuerda con la profecía del Elías antitípico, del cual se predijo que volvería el corazón de los padres hacia los hijos y el corazón de

los hijos hacia los padres: en otras palabras: haría una obra de reforma.

En pequeña medida Juan el Bautista realizó un trabajo de reforma en Israel por su ministerio de la penitencia. En toda la Edad Evangélica los fieles seguidores del Maestro, al proclamar el Evangelio del reino, también exhortan al pueblo a arrepentirse (Hechos 17:30). Sin embargo, ambos esfuerzos han sido en gran medida ineficaces por lo que respecta a la gran mayoría de la gente. La obra completa de la reforma y la de volver al pueblo a la adoración del Dios verdadero es algo que aún ha de realizarse durante el Reino Mesiánico. Mientras haya organismos apropiados en este reino para llevar a cabo su obra, estará realmente centrado en Cristo, puesto que es "luz verdadera" y eventualmente iluminará a "cada hombre que viene al mundo." — Juan 1:9

IMPORTANCIA DE LA PROFECÍA

Por medio de la visión de la transfiguración la Palabra profética de Dios ha sido confirmada y, como indica Pedro, el pueblo de Jehová ha de prestarle atención, no por poco tiempo, sino hasta que "el día amanezca y la estrella de la mañana surja en sus corazones." Sin duda los fieles seguidores del Maestro han observado este sabio consejo en toda la edad. Las profecías pusieron de manifiesto el gran alejamiento de la fe, comenzado poco después de la muerte de los apóstoles, así

como la subida y la caída del gran sistema del anticristo y muchos detalles asociados a la misma.

Las profecías indican los signos que acompañarán la segunda presencia del Maestro y que sería el segador principal de la gran "cosecha" que se producirá al final de la presente Edad Evangélica desde el inicio de su presencia. Parte de esa labor involucraría sacar a sus fieles seguidores del sueño de la muerte en lo que la Biblia describe como la "primera resurrección". Las profecías también predijeron que durante su presencia, tras la finalización de la cosecha, el reino de paz largamente prometido de Cristo se establecería en la tierra y los levantados en la "primera resurrección" reinarían con él mil años. —Apoc. 14:14-16; 20:4, 6

Éstos son mencionados en las Escrituras como "herederos de Dios y coherederos con Cristo." (Rom. 8:17). Van a participar con Cristo en la obra de "aquel profeta" y en un proyecto a nivel mundial de llenar la tierra con el verdadero conocimiento de Dios, así como restaurar una adoración unida al gran Creador (Sof. 3:9). Así la oscuridad que ha envuelto a la raza humana desde la caída de Adán—el desconocimiento del verdadero Dios, y la tristeza y el gemido de la muerte—será eliminada.

EL DÍA AMANECE

Este será el nuevo día glorioso de las profecías, una de las cuales refiere David al decir que “a la mañana viene la alegría.” (Sal. 30:5) Este día amanece como uno literal. Pedro nos amonesta que debemos prestar atención a la palabra profética hasta que “el día amanezca y la estrella de la mañana surja” en nuestros corazones. Aquí la referencia es el período inmediatamente anterior a la salida del sol. Es entonces que la “estrella de la mañana” aparece, Jesús mismo, quien declaró: “Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.” —Apoc. 22:16

En el reino natural, según los astrónomos, la estrella de la mañana en la mayoría de las veces se identifica con el planeta Venus que, al aparecer en el cielo matutino al amanecer, es el cuerpo celeste más brillante. Se levanta alrededor de las 4:30 a.m. y es observable hasta la salida del sol. Es el último objeto visible antes de que el sol con la luz de la mañana bañe los objetos nocturnos. Por lo tanto cuando brilla la estrella de la mañana todavía está considerablemente oscura debido a que el sol aún no ha aparecido por el horizonte.

Estos detalles coinciden con los datos del día profético mencionado en nuestro texto. En este caso el mundo en general ni siquiera reconoce la presencia de Cristo, la “estrella” que atestigua la llegada de un nuevo día. No están “viendo” el día, pues todavía están “durmiendo” en la oscuridad de la noche. El propio pueblo del Señor no lo ve

literalmente, sino que, por estar mirando y no dormidos como los otros, por el ojo de la fe disciernen los signos proféticos que indican su presencia. Pedro lo indica muy claro al decir que se levanta en nuestros corazones.

Cabe señalar que nuestro texto indica que el "amanecer" del nuevo día y la aparición de la "estrella de la mañana" se producen en el mismo periodo justo antes del amanecer. La palabra griega traducida "amanecer" en este versículo significa, según el Profesor Strong, "rayo" y el *Thayer's Greek Lexicon* la define como "luz del día que se abre camino a través de la oscuridad de la noche". En términos astronómicos "amanecer" se define de forma análoga como ese período de la primera hora de la mañana caracterizada por la presencia de una luz tenue mientras el sol está todavía por debajo de la línea del horizonte. Durante el amanecer es posible ver aproximadamente en qué dirección se encuentra el sol, aunque aún no se haya levantado.

En el "amanecer" profético de nuestro texto el mundo en general ni siquiera nota el primer rayo gris de luz, ya que es un tiempo lleno de problemas. A los no instruidos por la palabra segura de profecía parece que la oscuridad es más densa de lo que era antes. De hecho, es así en muchos aspectos.

Vemos en ello un mayor cumplimiento de la palabra segura de profecía que predice que el orden mundial de Satanás debe ser destruido en un "tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo

una nación" (Dan. 12:1; Mat. 24:21,22). Así es, como predijo el profeta Isaías, que, aunque "la mañana viene" también hay "la noche" (Isa. 21:12). La palabra "mañana" en este texto traduce la palabra hebrea para "amanecer", según el profesor Strong. Así tenemos la confirmación de que el período descrito proféticamente en las Escrituras como "amanecer" ocurre durante las últimas horas de la oscuridad nocturna. Es nuestra convicción de que vivimos ahora en ese oscuro período de la experiencia humana. Sin embargo, a través de la palabra segura de profecía tenemos el privilegio de discernir la "estrella de la mañana" y estamos firmes en que la actual crisis de dolor de la humanidad es precursora de ese nuevo y glorioso día de bendición.

Las Escrituras son concisas en el uso de esos símbolos. Las ilustraciones de "la estrella de la mañana" y "el amanecer" de Pedro son más evidentes en relación con el tiempo actual de la experiencia humana, mientras que la realidad de la ráfaga completa del día está representada por el aumento real del sol. En un texto ya citado se nos habla de ese glorioso momento en el que "nacerá el Sol de justicia y en sus alas traerá salvación." (Mal. 4:2) Por lo tanto es apropiado decir que ahora vivimos en la "estrella de la mañana" y el "amanecer" de la presencia del Maestro. Esta "estrella" se ha levantado en nuestros corazones y es visible para nosotros, así como es el "alba" y su

luz. Todo esto significa que la salida del “Sol” está cerca, cuando la totalidad de los rayos gloriosos de curación comience este período de alegría en la experiencia humana y serán benditas todas las familias de la tierra.” —Hechos 3:25

Para algunos podría parecer innecesario hacer distinciones tan finas entre términos como “estrella de la mañana”, “amanecer” o la subida del “Sol”, y cómo cada uno de ellos se relaciona con la segunda presencia de Cristo. Sin embargo, como hemos señalado, son las mismas Escrituras las que hacen esas distinciones, ¡y qué bien lo hacen! La Palabra de Dios entreteje el testimonio profético del Antiguo y del Nuevo Testamento en un todo armónico, por lo que podemos discernir, a través del poder del Espíritu Santo, los múltiples procesos envueltos con la presencia completa invisible de Cristo en los asuntos de la tierra. En conjunto estos procesos diferentes, y sin embargo en orden coherente y en armonía uno con otro, proveen un fortalecimiento de la fe y una seguridad en que Dios, a través de su Hijo glorificado, tiene todas las cosas relacionadas con su plan para la salvación del hombre en la mano.

LAS BENDICIONES DEL NUEVO DÍA

Como hemos señalado Pedro se refiere como propósito del nuevo día la “restitución”, o restauración, “de todas las cosas”, explicando que este gran propósito ya había sido profetizado por

todos los profetas de Dios. Este testimonio de los profetas es también parte de la palabra segura de profecía al que haremos bien en prestar atención. Al igual que ha llegado el presente momento oscuro lleno de problemas a la humanidad en cumplimiento de lo anunciado por el Señor en su Palabra llegará, análogamente, la bendición del nuevo día a su debido tiempo.

¡Cómo se regocijará el mundo de la humanidad entonces! Habrá una paz duradera y global. “Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo y cantará la lengua del mudo.” La muerte será destruida y las lágrimas se limpiarán de todo rostro (Miq. 4:1-4; Isa. 35, 5-6; 25:8-9). Eventualmente, mientras progresa el nuevo día, serán despertados todos los muertos y se les dará una oportunidad a través de la obediencia de ser restaurados a la perfección que Adán perdió al rebelarse contra la ley divina. Esta “restauración” a la perfección y a la vida humana eterna será el punto culminante de la restitución de la que habla Pedro.

Los suaves rayos del “Sol de justicia” brillarán en todos los continentes de la tierra y su luz y poder vivificadores se sentirán por todo el mundo sufriente de la humanidad. La influencia iluminadora de ese “Sol” llenará la tierra del conocimiento de la gloria de Dios. Esto significa que todas las “doctrinas de demonios”, todos las

tradiciones y supersticiones “nocturnas”, todos los credos y dogmas y todos los preceptos de los hombres en lo que se enseña a temer a Dios en vez de amarlo, serán barridos y serán sustituidos por un verdadero conocimiento de Dios y de sus justas leyes. —Isa. 11:9

Con el conocimiento de la gloria de Dios llenando la tierra se eliminará también toda clase de ciudadelas del pecado, del vicio y del delito. Mientras brillen los rayos esclarecedores y sanadores del glorioso “Sol de justicia” sobre todos los rincones de la tierra y cualquier vestigio de oscuridad satánica dará lugar a la gloriosa luz del nuevo día. No habrá ningún rincón ni esquina de la tierra donde no penetre la luz del glorioso “Sol”. ¡Realmente la palabra profética de Dios revela un glorioso día para la raza humana! Seamos fieles “observadores”, viendo por fe la “estrella de la mañana” levantándose en nuestros corazones, y contemplando la luz de la aurora del nuevo día más allá de las últimas horas de la noche.

El Cordero de Dios

Versículo Clave: "Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios" —Juan 1:34"

Escritura Seleccionadas: Juan 1:29-34

LA PALABRA "profeta" se refiere a aquel que enseña o proclama de antemano. En algunos casos estas dos características se combinan en una sola persona. Fue así con Juan el Bautista. Antes de Juan muchos habían anunciado la venida del Mesías—su nacimiento de una virgen, el ser llevado como cordero al matadero, su crucifixión y su resurrección. A Juan el Bautista, sin embargo, se le dio el gran honor de ser el primero en anunciar claramente la llegada del Hijo de Dios, el hombre Cristo Jesús. —Juan 1:34

También a Juan el Bautista se le dio el privilegio de ser el primero en enseñar al pueblo acerca del Mesías que ahora estaba presente. Enseñaba que Jesús tuvo una existencia prehumana, la que más tarde fue confirmada directamente por Jesús, y además por el Apóstol Pablo cuando declaró que el evangelio de Cristo fue "anunciado

de antemano… a Abrahán.” —vs. 30; cap. 8:58; Gal. 3:8

Juan el Bautista fue el primero en identificar a Jesús como aquel que “quita el pecado del mundo.” (Juan 1:29) Un cordero era un símbolo muy apropiado para describir el ministerio terrenal de Jesús y su sacrificio por nuestros pecados. Su sumisión a la voluntad del Padre aun hasta la muerte en la cruz era muy semejante a la de un cordero. Las Escrituras declaran que Dios dio a su Hijo unigénito para ser el redentor del hombre. (cap. 3:16) Fue este “cordero” que Dios proporcionó que equilibraría la balanza divina de la justicia perfecta en conformidad con los atributos de carácter de Dios. “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.” —1 Cor. 15:22

Juan el Bautista declaró que vino para bautizar con agua de modo que Jesús se hiciera manifiesto a Israel, pero que Jesús bautizaría con el Espíritu Santo. (Juan 1:31,33) En Mateo 3:11, encontramos palabras adicionales de Juan al respecto: “Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.” Estas palabras se hacen claras cuando recordamos que Jesús envió a sus doce apóstoles escogidos exclusivamente a las “ovejas perdidas de la casa de Israel.” (Mat. 10:5,6) Fue para los judíos

individuales que el Espíritu Santo fue derramado en el Pentecostés, mientras que la nación de Israel fue bautizada en "fuego" cuando fue destruida treinta y siete años después de su rechazo del Mesías. —Hechos 2:1-4; Mat. 23:38; 24:1,2

Con respecto al gran honor dado a Juan el Bautista en declarar la presencia del Hijo de Dios, consideremos cuidadosamente las palabras que Jesús declaró de su precursor. Él dijo de Juan, "Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él." —Mat. 11:11

A diferencia de la audiencia de Juan, que no podía comprender el significado más profundo de su mensaje, hemos sido engendrados por el Espíritu Santo de Dios de acuerdo con su deseo de llamar de entre los hombres un pueblo para su nombre. "Nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo." (Ef. 1:4,5) A nosotros también es dado el privilegio de proclamar la presencia invisible de nuestro Señor y de seguir declarando: "He aquí el Cordero de Dios." Con la ayuda del Espíritu Santo, busquemos a Jesús y transformemos a nosotros mismos tanto como sea posible en su carácter semejante a un cordero.

Lección Dos

Jesús Promete Enviar a un Abogado

Versículo clave: "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho."
— Juan 14:26

Escrituras Seleccionadas: Juan 14:15-26

DESPUÉS DE SER proclamado el "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo", Jesús pasó los próximos tres años y medio predicando el evangelio. Él también realizó muchos milagros como una vislumbre de las mayores bendiciones de Dios en el reino prometido en la tierra. Sus discípulos lo reconocieron como el Mesías prometido, y esperaban que él estableciera el reino, que había sido prometido por los santos profetas de Dios. Sin embargo, cuando el Cordero de Dios fue crucificado y degollado inesperadamente, se quedaron sorprendidos y perplejos. Estaban solos y confundidos, no sabiendo qué hacer, ni adónde ir. Seguramente debían haberse preguntado cómo mantendrían su relación estrecha con Dios, ahora que Jesús se había ido.

En las horas de la noche justo antes de su arresto y juicio, Jesús tiernamente habló con sus discípulos acerca de estos acontecimientos. Parafraseando una porción de los versículos en nuestra lección, escuchamos a Jesús con amor diciendo a sus discípulos: “Tengo que irme, pero no os dejo solos. Rogaré al Padre, y él os dará otro Consolador, que morará con vosotros en mi ausencia.” (Juan 14:16,18) Este “Consolador” es el Espíritu Santo, el poder esclarecedor de Dios. (vss. 17,26) Esto iba a ser su nuevo medio de acceso a Dios a través de la oración, como Jesús les había enseñado y del cual les proporcionó un ejemplo durante su ministerio. —Mat. 6:9-13

Aquí encontramos la clave para tener una relación directa con el Padre Celestial durante la Edad Evangélica. Aunque Jesús ya no ha estado físicamente presente para hablar con Dios a favor de sus seguidores, él está con nosotros a través de la influencia del Espíritu Santo. El apóstol Juan explica este hermoso arreglo: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” —1 Juan 2:1

Cuando Juan habla aquí de “mis hijitos,” él está hablando claramente a los seguidores de Cristo engendrados por el espíritu. Él nos asegura que Jesús está con nosotros hoy, como estaba con sus discípulos durante su primer advenimiento. Desde su resurrección y su ascensión al cielo, sin embargo,

Jesús está ahora con su pueblo consagrado en el papel de “abogado.” La palabra “abogado” como se usa en este pasaje de las Escrituras significa alguien que se pone al lado de otro como intercesor. Así como Jesús literalmente estaba al lado de sus discípulos durante su ministerio terrenal, él ha estado al lado de todos sus seguidores a través de la Edad Evangélica, inclusive los que viven en el tiempo actual de la “cosecha”.

Las palabras “Consolador” y “abogado” como se vierten en las Escrituras mencionadas arriba, provienen de la misma palabra griega—*parakletos*. En vista de esto, podemos ver completa armonía en la obra del “Consolador”, el cual Jesús dijo era el Espíritu Santo, y el “abogado”, quien Juan dijo era Jesucristo. De hecho, es por estos dos medios, Jesucristo, y la influencia del Espíritu Santo, que tenemos acceso a Dios. Sin dejar a sus discípulos, Jesús no pudo haberse convertido en nuestro abogado, y el Espíritu Santo no podría ser nuestro Consolador.

Cuando el Maestro pronunció las palabras de nuestro versículo clave, sabía que sólo sería un corto tiempo después de su partida de los discípulos antes que los beneficios del abogado y del Consolador, el *parákletos*—se pusieran a su disposición. Demos gracias a Dios por sus provisiones amorosas para los seguidores consagrados de Cristo. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en

que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados." —1 Juan 4:10

Lección Tres

El Espíritu de la Verdad

Versículo clave: "Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré." — Juan 16:7

Escrituras Seleccionadas: Juan 16:4-15

EN NUESTRA ÚLTIMA lección discutimos la necesidad de Jesús dejar a sus discípulos de modo que su papel como "abogado" pudiera llevarse a cabo, y que se cumpliera su promesa de otro "Consolador". En la lección de hoy nos dirigimos nuestra atención más directamente a este "Consolador"—el Espíritu Santo—otro importante don prometido para aquellos que sigan las huellas de Cristo.

Antes de la llegada del "Cordero de Dios", el Padre Celestial había tratado exclusivamente con la nación de Israel entre todas las naciones de la tierra. (Amós 3:2) A través de un sistema de leyes, servicios religiosos y otras ceremonias Dios mostró

por tipo o ilustración simbólica, lo que esperaba a los seguidores de Cristo. El Apóstol Pablo describe el propósito de este arreglo típico de Israel, diciendo: “Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.” —1 Cor. 10:11

Con el nacimiento, la muerte y la resurrección de Jesús, vemos que una nueva fase del plan de Dios comenzó que Israel no entendió—ocultada de ellos debido a la dureza de corazón. Este cambio es a lo que se refiere Pablo como centrado en el “misterio de Cristo.” Dice, “Por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu.” —Efe. 3:3-5; véase también Rom. 16:25

Como ya se ha señalado, este nuevo arreglo era difícil de entender para la mayoría de los judíos. Habían dependido de las obras y las ceremonias de la Ley Mosaica para conocer y servir a Dios y eran su pueblo favorecido a través de estos arreglos. Ahora, sin embargo, se les pedía que renunciaran esa posición de favor exclusivo entre las naciones del mundo y seguir al hijo de un carpintero. Como nación no podían hacer esta transición. Ellos

rechazaron a Jesús, y él, en cambio, declaró que su casa les sería "dejada desierta." —Mat. 23:38

La Ley, sin embargo, no se había dado en vano. Era un "ayo" con el fin de preparar a los israelitas para la llegada de Cristo, y se les dio la primera oportunidad de ser "justificados por la fe" en aquel que sus gobernantes habían crucificado. (Gal. 3:24-26) En su carta a la iglesia de Roma, el Apóstol Pablo claramente coloca delante de los primeros judíos conversos el requisito de ser justificados por la fe en Cristo. Señaló que su veneración del padre Abrahán estaba bien puesta, ya que su gran fe presagió la fe en Cristo requerida ahora. —Rom. 4:19

Si el Evangelio de Cristo fuera un "misterio", tendría que proporcionar algún medio para entenderlo. Aquí volvemos al versículo clave de hoy, en el cual Jesús prometió un "Consolador"—el Espíritu Santo—de lo que sería el medio para llegar a un entendimiento del "misterio de Cristo." El Apóstol Pablo aclara el significado de este don que Jesús prometió a sus seguidores después de su muerte: "Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria… Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu;

porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.” —1 Cor. 2:7-10

Lección Cuatro

Recibid el Espíritu Santo

Versículo clave: “Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.” — Juan 20:22

Escrituras Seleccionadas: Juan 20:19-23

LA DOCTRINA de la Trinidad ha confundido muchos al distorsionar la personalidad individual del Dios de la Biblia. Para nosotros las Escrituras enseñan claramente que el Logos—griego para “palabra” o vocero de Dios—fue la primera y única creación directa de Dios, siendo su Hijo unigénito. (Juan 1:14; Apocalipsis 1:8) El Creador envió a su hijo a la tierra en la forma de un hombre con el propósito de redimir a la humanidad de la maldición de la muerte causada por la desobediencia de Adán. (Juan 3:16,17; 1 Juan 4:9; 1 Cor. 15:22) La vida perfecta de un hombre fue dada por Jesús para redimir la vida del primer hombre perdida a causa del pecado, a saber, la de Adán y de toda su posteridad. (Rom. 5:12,15-19) Al enseñar que Jesús es parte de un Dios “trino” es

anular la eficacia del precio del rescate y su necesidad con el fin de satisfacer la justicia perfecta Dios.

La palabra griega "*pneuma*" aparece en nuestro versículo clave y se traduce correctamente en la mayoría de las versiones como "espíritu." La palabra *pneuma* significa literalmente "una corriente de aire o soplo", y no tiene ninguna sugerencia de "fantasma", como la palabra ha sido traducida de manera errónea en la Versión del Rey Jacobo en muchos casos. El Espíritu Santo no es parte de un Dios trino, sino es su poder e influencia invisibles—bien simbolizados por el soplo del viento, aire, o aliento. El Espíritu Santo se describe en la Biblia como el poder utilizado en la creación, así como la influencia usada para inspirar a los profetas de la antigüedad para registrar las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios. —Gen. 1:2; 2:7; 2 Ped. 1:21

En relación con los versículos de nuestra lección, encontramos a los discípulos reunidos en una habitación después de recibir las noticias de la resurrección de Jesús con las puertas cerradas "por miedo de los judíos." (Juan 20:19) Sin duda, su miedo se manifestó a medida que contemplaban las palabras de advertencia anteriores de su Maestro de que "os echarán mano, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre." —Lucas 21:12

Ahora estando en medio de ellos y sintiendo su miedo, el Señor resucitado les calmó rápidamente con las palabras que les había pronunciado antes, “Paz a vosotros.” Cuando les mostró las manos y el costado traspasados, lo reconocieron y se regocijaron. Jesús repitió las palabras: “Paz a vosotros”, y añadió: “como me envió el Padre, así también yo os envío.” Después de pronunciar las palabras de nuestro versículo clave, Jesús continuó, diciendo, “A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos.” —Juan 20:21-23

Antes de su muerte, Jesús había dicho a sus discípulos que tenía que salir, pero había prometido que proporcionaría otro “Consolador” en su ausencia. Ahora, él estaba delante de ellos para confirmar que en verdad pronto “recibirían el Espíritu Santo,” el Consolador que había prometido, y que les vendría poco tiempo después, en el día de Pentecostés. También dio la comisión a los discípulos, “también yo os envío” para predicar el mensaje del Evangelio, al igual que él había hecho.

Como embajadores de Cristo, también debemos estar ocupados en la misma obra como nuestro Señor y sus discípulos. Jesús había terminado su obra terrenal de proporcionar la redención por medio de su muerte en la cruz. Sin embargo, antes de la obra de bendecir a todas las familias de la tierra en el reino, nosotros, como sus

"hermanos", debemos seguir los pasos del Maestro y participar en su sufrimiento. Pablo nos habla de este privilegio de "cumplir… lo que falta de las aflicciones de Cristo." (Col. 1:24) Con alegría en nuestros corazones, y habiendo recibido el engendramiento del Espíritu Santo de Dios, que seamos fieles a nuestra comisión de predicar el bello mensaje del Evangelio de Cristo.

Lección Cinco

El que Viene

Versículo clave: "Y los que iban delante y los que venían detrás daban voces, diciendo: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" — Marcos 11:9

Escrituras Seleccionadas: Marcos 11:1-11

ADEMÁS DE LA declaración de Juan el Bautista que Jesús era el "Cordero de Dios", él también predicó a los judíos, diciendo: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado." (Mat. 3:2) Jesús hacía uso de este mismo tema del reino cuando enseñaba, y también en las parábolas que él relataba. Él instruyó a sus discípulos a declarar lo mismo en todo el territorio de Israel que el reino de los cielos se había acercado. (cap. 10:6,7) Al cierre

del ministerio de Jesús “el reino de los cielos” realmente vino a la nación judía en el sentido de que se les ofreció. La lección de hoy nos relata la historia de este ofrecimiento oficial del reino por Jesús y del rechazo de los judíos como pueblo de aceptarlo.

Por mucho tiempo, los discípulos habían reconocido a Jesús como el Mesías, y deseaban participar en las glorias de su reinado como el nuevo rey de Israel. A pesar de que la multitud generalmente no percibía el nuevo puesto de Jesús del mismo grado, también lo valoraba mucho, diciendo en una ocasión: “El Cristo, cuando venga, ¿hará más señales que las que éste hace?” (Juan 7:31) Después de registrar el sermón de Jesús en el monte, Mateo escribe: “Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.” —Mat. 7:28,29

En una ocasión, la multitud procuraba tomar a Jesús por fuerza y hacerle su rey, pero él se retiró de ellos, sabiendo que no era el momento oportuno. (Juan 6:15) Ahora, sin embargo, en el contexto de la lección de Marcos 11, en vez de retirarse, Jesús tomó un papel activo con el envío de dos de sus discípulos para conseguir un pollino para su entrada en Jerusalén. Durante mucho tiempo había sido la costumbre de los reyes viajar a su coronación de tal manera. Ahora era el momento justo, y la multitud se lanzó en el espíritu de la ocasión. La escena que

contemplaban significaba nada menos que el hecho de que ahora estaba dispuesto a asumir el cargo del rey de Israel.

Sin duda, los corazones de los apóstoles debían haber estado llenos de emociones a medida que también contemplaban la cercanía de la gloria de su Maestro, y de su propia participación en ella. En toda la conmoción en torno de ellos no podían comprender el significado de sus palabras anteriores en el sentido de que él debe ser crucificado y debe irse a un "país lejano"—el cielo mismo—para recibir autoridad de su Padre, y luego volver para establecer el reino que bendeciría a Israel y a todo el mundo.

Jesús, como lo sabemos, era plenamente consciente de que la presentación de sí mismo como rey no era más que un gesto simbólico, diseñado para cumplir una profecía, y dejar la nación de Israel sin excusa. Si el pueblo debiera levantarse en unidad cuando él entró en la ciudad, reconocerlo y aclamarlo como su rey, entonces realmente estarían de acuerdo con los requisitos divinos para recibir la mayor de todas las bendiciones. El Señor sabía, sin embargo, que las profecías ya habían declarado que sería "despreciado y rechazado" por los de su propia nación. (Isa. 53:3) En los días siguientes, este rechazo empezó a desarrollarse. Con tristeza, Jesús lloró sobre la ciudad diciendo: "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a

tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta." (Mat. 23:37,38) El apóstol Pablo nos dice que la ceguera de Israel no es permanente. Su eliminación sólo espera la finalización de la novia de Cristo y su clamor al gran Libertador. (Rom. 11:25-32) Por lo tanto, alabemos al Príncipe de la Paz y gritemos "Hosanna; Bendito el que viene en el nombre del Señor."

“LA ORGANIZACIÓN DE LA NUEVA CREACIÓN”

Parte X

“EL QUE ES ENSEÑADO” Y “EL QUE ENSEÑA”

Este texto bíblico, de acuerdo con todos los demás, nos muestra que Dios tomó sus disposiciones para que sus hijos se instruyan unos por otros, y que aun el más humilde de su rebaño piensa por sí mismo y desarrolle así una fe individual tanto como un carácter individual. ¡Por desgracia! ¡Cómo este tema importante es generalmente descuidado entre aquellos que invocan el nombre de Cristo! Este texto bíblico admite instructor y alumnos, pero los alumnos deben sentirse libres de comunicar, de hacer conocer a los instructores todo lo que viene a su conocimiento y lo que parece relacionarse con el tema bajo discusión, no para reemplazar al instructor, sino como un estudiante inteligente con respecto a otro estudiante mayor de edad. Ellos no deben ser unas máquinas ni tener miedo de hablar, sino planteando preguntas, llamando la atención a lo que les parecen ser unas malas aplicaciones de las Escrituras o aun en otras cosas, contribuyen así a mantener puros el cuerpo de Cristo y sus

enseñanzas; así ellos deben ser críticos, y en lugar de desanimarlos a actuar así, en lugar de decirles que no hace falta que ellos critiquen al instructor o que pongan en tela de juicio sus exposiciones, al contrario son invitados a participar, a criticar.

No debemos suponer, no obstante, que el Señor desea animar un espíritu crítico exagerado, o una disposición de combatir, de encontrar constantemente a censurar. Tal espíritu está completamente contrario al Espíritu Santo, y no sólo esto, sino que sería muy peligroso, porque quienquiera, en un espíritu de contradicción, que expone como falso un caso hipotético que él no cree ser la Verdad, simplemente con el fin de desconcertar a su opositor, de tener una "controversia", etc. está seguro de perjudicarse a sí mismo tanto como puede estar más o menos seguro de perjudicar a otros por actuar de tal manera. La honradez con respecto a la Verdad es una cualidad absolutamente primordial para progresar en ella: oponerse a lo que se cree ser la Verdad, o hasta sostener temporalmente lo que cree ser un error, "para reírse", o por otra razón, será seguramente injurioso hacia el Señor y atraerá alguna retribución justa. ¡Por desgracia! ¡Cuánto se propusieron "ver solamente lo que se podía decir" contra una posición que ellos creían sin embargo ser la Verdad, y que han sido enredados, totalmente cautivos y cegados persiguiendo tal línea de conducta! Después de Dios, la Verdad es la cosa más preciosa

que haya en el mundo: no debemos bromear con ella, ni jugar con ella, y quienquiera que es negligente sobre este punto sostendrá un daño. —Véase 2 Tes. 2:10, 11.

Es conveniente observar que la expresión *"hacer participar"* tiene un sentido amplio y no comprende solamente la participación respecto a los pensamientos, a los sentimientos, etc. sino también puede entenderse en el sentido de que el que es enseñado y el que recibe beneficios espirituales, debería estar contento participar de alguna manera en el apoyo de los que enseñan, dándoles al Señor, a los hermanos, a la Verdad, una parte de los frutos de su trabajo y sus talentos. Tal es la misma esencia de la santa disposición de la Nueva Creación. Al principio de la experiencia cristiana, cada uno aprende el significado de las palabras del Maestro: "Más bienaventurado es dar que recibir" [Hechos 20:35], y es por eso que todos los que tienen este espíritu están contentos verdaderamente de dar cosas terrestres al servicio de la Verdad, y esto, en la proporción donde reciben bendiciones espirituales en buenos y honrados corazones. En otro capítulo, consideraremos la pregunta de la manera de dar y de la sabiduría que se debe ejercer para hacerlo.

LA ACTIVIDAD DE LA MUJER EN LA IGLESIA

En ciertos aspectos, es después de haber examinado las relaciones generales del hombre y de la mujer en el orden divino donde se puede considerar mejor este tema de la actividad de la mujer en la Iglesia; sin embargo, es por un motivo serio que lo consideramos apropiado de presentarlo aquí; otros puntos de vista concordantes que presentaremos más tarde corroborarán, creemos, lo que ahora decimos al respecto.

Nada es más claro que, en la selección de su *Ecclesia* de la Nueva Creación, el Señor no tiene en cuenta los sexos. Tanto los hombres como las mujeres son bautizados y se hacen miembros del "solo cuerpo" del cual Jesús es la Cabeza. Por eso, son dignos de ser escogidos para participar en la Primera Resurrección y en su gloria, en su honra y en su inmortalidad bajo la condición general: "si sufrimos con él, también reinaremos con él." Los dos han sido mencionados de manera honorable y en los términos más cálidos por nuestro Señor y por los apóstoles. Es por eso que debemos comprender que toda restricción impuesta a la mujer tocante al carácter y a la medida del servicio del Evangelio, se aplique simplemente al tiempo presente, mientras que todavía está en la carne; no debemos suponer de ninguna manera que se trata de una preferencia divina para los hombres. Vamos a tratar de mostrar que las discriminaciones hechas entre los sexos son de un orden simbólico y típico: el hombre simboliza

a Cristo Jesús, a la Cabeza (Jefe) de la Iglesia, mientras que la mujer simboliza la Iglesia, la Esposa, sometida a la Cabeza (Jefe) que Dios le dio.

El amor de nuestro Señor por su madre, y por Marta, María y "otras muchas que le servían de sus bienes" aparece muy distintamente en el relato, aun independientemente de la afirmación categórica que él las "amaba" (Juan 11:5); sin embargo, cuando él escogió a sus doce apóstoles, y más tarde los "setenta", él no escogió a ninguna de ellas. No podemos suponer tampoco que fue un olvido de su parte, no más que fue un olvido que las mujeres de la tribu de Leví no tuvieron nada para hacer en los servicios públicos durante los dieciséis siglos precedentes. No podemos tampoco explicar el asunto suponiendo que las mujeres, encontrándose en total de los amigos de nuestro Señor, no fueron instruidas suficientemente para el servicio, porque a propósito de los que fueron escogidos, el relato declara que se percibió prontamente "que eran hombres sin letras y del vulgo" [Hechos 4:13 —véase *Diaglott*]. Por eso, debemos concluir que la intención divina era que de entre los "hermanos", sólo los hombres serían escogidos para ser servidores públicos especiales y embajadores del Evangelio. Y se debe notar aquí, que este arreglo divino está en contra del método del gran Adversario que, estando dispuesto a servirse del uno o del otro sexo como instrumento, siempre encontró

en la mujer su representante más competente.

La primera mujer fue el primer instrumento [literalmente, "embajador" —*Trad*.] de Satanás: un instrumento también que consiguió para extraviar al primer hombre y sumergir toda la raza en el pecado y en la muerte. Las brujas del pasado, y las médiums espiritistas, los "científicos cristianos" en nuestros días son tantas confirmaciones como la propaganda de Satanás hecha por las mujeres de manera casi tan manifiesta como la propaganda divina hecha por los hombres. Además, el programa divino va en contra de la tendencia natural de todos los hombres que estiman especialmente a las mujeres en las preguntas religiosas, atribuyendo al sexo femenino un grado más elevado de pureza, de espiritualidad, de comunión con Dios. Esta tendencia se nota en los relatos del pasado tanto como en los del presente, como lo demuestran la diosa egipcia Isis, la diosa asiria Astarot, la diosa griega Diana, y Juno y Venus y Belona, y la Mariolatría que, desde hace siglos, domina completamente dos terceros de los que apelan al nombre de Cristo a pesar del nombramiento más explícito del hombre como el portavoz y el representante del Señor en su Iglesia.

Aparte del significado simbólico de esta distinción de los sexos, la Palabra de Dios no nos informa si hay otras razones para hacerla, y nuestras suposiciones respecto a este tema pueden ser

exactas o no: nuestra opinión, sin embargo, es que algunas de las cualidades de corazón y del espíritu que se encuentran asociadas en los tipos más nobles de las mujeres, las hacen impropias para los servicios religiosos públicos. Por ejemplo, la mujer tiene, por naturaleza y afortunadamente, el deseo de complacer y de ser *aprobada* y alabada. Esta cualidad es una bendición inestimable en el hogar; es a ella que se debe la preparación de platos suculentos y la decoración atractiva del hogar que la diferencia de las viviendas de solteronas viejas y de solterones viejos. La verdadera mujer está contenta cuando se esfuerza por hacer feliz a su familia, y se regocija cuando los suyos le manifiestan la apreciación de sus esfuerzos (cocina, etc.); nunca deberíamos negarle los elogios que le son debidos seguramente, que su naturaleza desea ardientemente y que son absolutamente indispensables para su salud y para su desarrollo.

Entonces, si la mujer es educada fuera de su esfera (ya tan vasta y tan importante que el poeta dijo con razón: “La mano que menea la cuna es la que gobierna al mundo”), si se produce en público a título de conferenciante o profesor o escritor, entonces se coloca en una posición muy crítica; en efecto, muchas de las particularidades que ella posee como mujer (y ya hemos mencionado una) que tienden a hacer de ella una mujer verdadera, atrayente para los hombres verdaderos, competirán en condiciones *contrarias* a la naturaleza que

perjudica a su feminidad dándole características "masculinas". La naturaleza fijó los confines y los límites de los sexos, no sólo en la forma física y la cabellera, sino que en las cualidades del corazón y de la cabeza: ella adaptó todo tan perfectamente que cualquier interposición en sus leyes o cualquier desprecio de ellas causa infaliblemente un perjuicio en fin de cuentas, sin importar cuán benéficos que puedan parecer los cambios por un tiempo.

El deseo ardiente de *alabanzas* ("approbativeness") que la naturaleza le concedió tan generosamente a la mujer y que, correctamente empleado es tan útil para ella así como en su hogar y en su familia, casi se le hace de seguro una trampa si se lleva con respecto al público (buscando la aprobación de la Iglesia o del mundo). La ambición de brillar, de parecer más sabia y más capaz que otros, es un peligro que amenaza a todos los que afrontan un público; no hay duda que haya hecho tropezar a muchos hombres que habían sido hinchados de orgullo y que cayeron así en una trampa del Adversario; sin embargo, la misma feminidad de la mujer la expone singularmente no sólo a tropezar en su esfuerzo a brillarse, sino que también a hacerla tropezar a otros. Alejándose del camino recto, ella está segura de recibir del Adversario un aceite falsificado que da una luz falsa por la cual muchos pudieran ser desviados del camino del Señor. Es por eso que la advertencia del Apóstol "No os hagáis maestros muchos de

vosotros, sabiendo que [nosotros que enseñamos] recibiremos mayor condenación" (Santiago 3:1), tendría todavía más fuerza si fuera aplicado a las hermanas. En realidad, el peligro para ellas sería tan grande que ninguna de ellas estuviera establecida para enseñar; y el Apóstol escribió: "No permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio." —1 Tim. 2:11, 12.

Sin embargo, esta declaración enérgica y formal no puede significar que nunca se les permite a las hermanas de la Nueva Creación llevar una bendición contando la vieja, vieja historia. El mismo Apóstol habla con el respeto más grande de las mujeres nobles de su época que eran unas *ayudantes* en el ministerio. Por ejemplo, él menciona a Priscila tanto como a su marido como "compañeros de obra" o "colaboradores" (Rom. 16:3). Esto significa que no eran simplemente huéspedes que recibían al Apóstol en sus hogares, sino que trabajaban con él, no sólo en fabricar tiendas, sino que especialmente en su obra principal de ministro del Evangelio. Más lejos (v. 6), él hace mención de manera diferente a los servicios prestados por María, diciendo: "Saludad a María, la cual ha trabajado mucho entre vosotros." Es evidente que ella no fuera una colaboradora. Los servicios que ella le prestaba al Apóstol y que se complacía a reconocer eran unos servicios personales, tal vez del lavado o del remiendo. El

servicio de Priscila, al contrario, se designa igualmente a los servicios de Urbano (v. 9). En realidad, ya que el nombre de Aquila se menciona después de aquel de su mujer, podemos suponer razonablemente que la mujer era la más competente de los dos como "compañero de servicio". Trifena y Trifosa (v. 12) son las dos otras hermanas cuyo *"trabajo para el Señor"* se informa honradamente.

Toda interpretación de las palabras del Apóstol que llegaría a privar a las hermanas la ocasión de "trabajar para el Señor" sería manifiestamente errónea. Está en las reuniones de la Iglesia (de dos o tres personas o más) con vistas a un culto de alabanza y a una edificación mutua que las hermanas deben tener un sitio subordinado y no tratar de dirigir y de enseñar; hacerlo sería *usurpar* la autoridad del hombre sobre quien, tanto por naturaleza como por precepto, el Señor ha colocado la responsabilidad de los ministerios de liderazgo; es sin duda alguna por razones sabias que él lo hizo, que podamos admitirlas o no.

Las restricciones del Apóstol concernían a todas luces las reuniones del género de aquellas que él describe en 1 Corintios 14. Las hermanas asistían también a estas reuniones y tenían ciertamente parte en sus bendiciones: ellas se unían a los salmos, a los himnos, a los cánticos espirituales y a las oraciones hechas por uno u otro. El Apóstol deseaba inculcar la necesidad del orden en las reuniones para el provecho más grande de todos. Él recomienda que

haya únicamente un solo orador que hable o profetice a la vez, y que todos los demás presten atención, que en la misma reunión no haya más de dos o tres oradores o profetas que hablen, con el fin de que no haya una diversidad demasiado grande de sentimientos en el transcurso de la misma sesión. También, el que hablaba sólo en lenguas extranjeras debía guardar el silencio a menos que alguien presente pudiera interpretarlo.

Las mujeres no debían hablar en absoluto en tales reuniones; no obstante, aparte de las reuniones o en la casa, ellas podían "preguntar a sus maridos"; ellas podían sugerir sus opiniones o plantear preguntas a través de los hermanos (hombres) que conocían mejor — a sus maridos, si fuera posible, o a los hermanos con quienes conversaban por el camino de vuelta regresando de las reuniones, etc. La expresión "*en casa*" en este texto ["at home", versión inglesa: "en casa"] tiene aquí el sentido de familia o de reunión de personas que se conocen. El pensamiento es lo siguiente: que ellas planteen sus preguntas a través de los hombres de su conocimiento. El Apóstol persigue así: "no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, *como también la ley lo dice*." —1 Cor. 14:34-36.

A todas luces, se encontraban en la Iglesia de Corinto algunos partidarios con la idea de los "derechos de las mujeres", pretendiendo que en la Iglesia, ambos sexos tenían derechos idénticos. Sin

embargo, el Apóstol no sólo refuta este pensamiento sino, además, él reprimenda su audacia de pensar en inaugurar un procedimiento no admitido por otros miembros del pueblo de Dios. Él se expresa así: "¿Acaso ha salido de vosotros la palabra [mensaje] de Dios, o sólo a vosotros ha llegado? Si alguno se cree profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo son *mandamientos del Señor*" y no simplemente mis opiniones personales, o mis caprichos. Desde entonces, no más que los Corintios, nosotros no debemos ejercer nuestras preferencias o nuestros juicios personales respecto a este tema, sino debemos inclinarnos delante de las declaraciones del Apóstol como el mandamiento del Señor. Si alguien discute los consejos del Apóstol sobre este tema, que sea lógico y le rechaza *in toto*, como Apóstol.

A propósito de eso, es bueno enfocar la atención en las palabras del Apóstol cuando habla de los dones concedidos por el Señor a la Iglesia, a partir del Pentecostés. Él declara: "Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Ef. 4:11, 12). En griego, el *artículo* indica el género: masculino, femenino o neutro. Este texto es excelente para decidir en cuál sentido particular el Señor, por el Espíritu Santo, ha determinado el género de los servidores activos dados a su Iglesia.

¿Pues, qué es el género indicado en griego para el texto más arriba? Respondemos que el artículo ***tous*** (el *masculino* plural, en el acusativo) se encuentra delante de "apóstoles, profetas, evangelistas y pastores", y que no hay ningún artículo delante de "maestros", término que, aparentemente, designa aquí "ayudantes" (1 Cor. 12:28), o sea tiene un sentido muy extenso que se refiere a los apóstoles-hombres, a los oradores-hombres, a los evangelistas-hombres y a los pastores-hombres como siendo *todos* maestros.

Observemos no obstante que el hecho para una hermana de enfocar la atención de la asamblea en las palabras del Señor o de los apóstoles a propósito de un sujeto en discusión, sin dar su propio punto de vista, no puede ser considerado como la enseñanza ni en sentido alguno como una usurpación de autoridad sobre el hombre; al contrario, ella, en ese caso, sólo recordaría las palabras de instructores reconocidos y autorizados. De manera semejante, si una hermana, para explicar las Escrituras, se refiere a la obra presente o a otra de nuestras publicaciones, o si les hace la lectura a otros, ella no puede ser considerada como enseñando algo de ella misma, sino por el autor citado. De esta manera, vemos que las disposiciones tomadas por el Señor [o sus arreglos —*Trad*.] salvaguardan su rebaño y, al mismo tiempo, se ocupan abundantemente de sus necesidades.

Es posible que todos obedezcan al mandato divino, pero es cierto que nadie capte el sentido si no discierne que en el uso bíblico, una mujer simboliza a la Iglesia y un hombre simboliza al Señor, la Cabeza o el maestro de la Iglesia (véase Ef. 5:23; 1 Cor. 11:3). Lo mismo que la Iglesia no debe tratar de enseñar al Señor, así la mujer que simboliza a la Iglesia, no debe asumir el papel de instructora del hombre que representa simbólicamente al Señor. Con este pensamiento en mente, ninguna hermana debe sentirse despreciada y ningún hermano puede hincharse de orgullo a causa de esta regla bíblica. Más bien, todos tendrán en mente que el Señor es el único instructor y que los hermanos no deben atreverse a expresar su propia sabiduría, sino simplemente a presentarles a otros lo que su Cabeza expone como la Verdad. Apliquemos así este pasaje (1 Tim. 2:11, 12) al Señor y a la Iglesia: “Que una iglesia aprenda en silencio, en toda sumisión. No permito a una iglesia enseñar ni ejercer autoridad sobre Cristo, sino debe quedar en silencio.”

"QUE SE CUBRA"

Ya hemos señalado[1] que el sumo sacerdote que tipificaba a Cristo, el sumo sacerdote de nuestra profesión, tenía sólo la cabeza descubierta cuando fue revestido de sus trajes sacerdotales, y que todos los subsacerdotes que tipificaban a la Iglesia, "el Sacerdocio real", llevaban sobre la cabeza una cobertura llamada "tiara". La enseñanza de este tipo está en pleno acuerdo con lo que acabamos de ver, porque en las agrupaciones de la *Ecclesia* de la Nueva Creación, el Señor, el sumo sacerdote antitípico, es representado por los hermanos, mientras que la Iglesia o el Sacerdocio real es representada por las hermanas, las cuales, dice el Apóstol, también deben llevar una cobertura para indicar la misma lección, la sumisión de la Iglesia al Señor. El Apóstol demuestra esto en detalle en 1 Cor. 11:3-7, 10-15.

Algunos han deducido que, ya que el Apóstol presenta una cabellera larga de mujer como una cobertura dada por naturaleza, él no quisiera decir nada más, sino el versículo 6 muestra claramente lo contrario. El Apóstol quería decir que las mujeres no sólo deberían dejar crecer su cabellera como la naturaleza lo quiso, sino que además, ella debería llevar una cobertura como *señal*, declara él en el versículo 10, o como reconocimiento simbólico que

[1] *Sombras del Tabernáculo*, p. 28-29.

está sometida al hombre, o bajo su autoridad, enseñando simbólicamente que toda la Iglesia está sometida a la autoridad de Cristo. El relato del versículo 5 a primera vista parece estar en contradicción con la exigencia que las mujeres deben guardar silencio en las *ecclesias*. Creemos que aunque, en el servicio general de la Iglesia, las mujeres no deben tomar una parte pública, no obstante, en las reuniones generales de oraciones y de testimonios, y no de enseñanza doctrinal, no habría ninguna objeción al que las hermanas participen en eso con la cabeza cubierta.

En cuanto a este tema de mantener entre las hermanas la costumbre de cubrirse típicamente la cabeza, el Apóstol la aconseja fuertemente pero no la presenta como un mandato divino. Al contrario, él añade: “Con todo eso, si alguno quiere ser contencioso [sobre el tema], nosotros no tenemos tal costumbre [una ley dogmática en la Iglesia], ni las iglesias de Dios.” No debería ser considerado como un tema de primera importancia, aunque todos los que procuran hacer la voluntad del Señor no deban descuidar este detalle no más que otros, en el momento en que ellos disciernen la propiedad como símbolo. Las palabras “por causa de los ángeles” parecen referirse a los ancianos escogidos de la Iglesia, que representan especialmente al Señor, la Cabeza en las *ecclesias*. —Apoc. 2:1.

* * *

Para resumir, sugerimos que la interpretación más liberal posible sea dada a las palabras inspiradas del Apóstol concernientes a la extensión de la libertad de las hermanas en los asuntos de la Iglesia. He aquí nuestro juicio respecto a este tema:

(1) Las hermanas gozan de la misma libertad que los hermanos en cuanto a la elección de los siervos de la Iglesia, los Ancianos y los Diáconos.

(2) Las hermanas no pueden servir en la Iglesia como ancianos o maestros porque, dice el Apóstol: "No permito a la mujer enseñar" (1 Tim. 2:12). Sin embargo, no se trata aquí de impedir a las hermanas de participar en las reuniones distintas de aquellas de enseñanza o de predicación, tales como las reuniones de oraciones y de testimonios, los estudios bereanos, etc. porque el Apóstol declara que si una mujer reza o profetiza (habla) debe tener la cabeza cubierta, reconociendo por ahí que el Señor, el Gran Instructor, es especialmente representado por los hermanos (1 Cor. 11:5, 7, 10). Tal participación no debe ser considerada como enseñanza, porque los hermanos que participan no son instructores tampoco. Así como lo dice el Apóstol: "¿[Son] todos maestros?" No. Los maestros (instructores) o Ancianos son escogidos especialmente y siempre de entre los hombres. —Ef. 4:11; 2 Tim. 2:24; 1 Cor. 12:28, 29.